



Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Agustín Fernández Mallo**  
**Madre de corazón atómico**  
Una historia verdadera

---

## ÍNDICE

- 9** Antes
- 149** Después
- 221** Absolutamente después

---

Se me aparece una imagen: mi padre todavía vive y me dice, «coge esos arándanos, pero no comas demasiados, es un fruto que tiene mucho ácido benzoico, incluso puede envenenar a gatos como tú».

Hoy, 25 de febrero de 2024, hace doce años que con ochenta y siete años de edad murió mi padre.

No deja de producirme inquietud haber comenzado así estas notas, «Hoy, 25 de febrero de 2024, hace doce años que...», palabras que tienen un tono de cuaderno de bitácora, de personas que exploran aguas que por mucho que sean navegadas siempre les serán extrañas, viajeros que se adentran en un mar que termina en una catarata: la vida. Como si yo mismo especulara que la Tierra es plana. Tarde o temprano el mapamundi se acaba, te caes.

También podría haber comenzado diciendo, «los años han muerto pero al tiempo no le ha pasado nada», y no estaría mintiendo porque cuando alguien muere el tiempo finge seguir su curso como si nada.

---

O de esta otra manera, «tardas algún tiempo en darte cuenta de que la gente muere para hacerse imprescindible», y esta frase tampoco dejaría de ser cierta. Tras doce años escribiendo estas páginas llegas a una inesperada y magnífica conclusión: la muerte es una clase de resurrección, no es un final sino un punto de partida. El muerto reaparecerá, se hará presente en tu vida muchas veces y de mil formas distintas.

De cualquier modo, cuando escribes acerca de lo que fue la existencia de alguien tan cercano a ti, te preguntas si estás observando la historia de otro o si estás dentro —como parte indisoluble— de su historia, única e intransferible. Hay una regla general, una suerte de ley no escrita, por la cual uno no debe intentar volver a lo que un día fue su paraíso. Resultará un movimiento al que sólo le aguarda la decepción. Los paraísos aparecen sin cálculo previo y sin porqué, no pueden anticiparse, ocurren y ya está. No existe una ciencia del Paraíso, tampoco de la Catástrofe. Paraíso y Catástrofe son la misma cosa. La única ciencia que existe, la única en la que vale la pena pensar, es la de los diferentes decorados y teatros que vamos atravesando. Todo humano comienza y termina sus días en un escenario; nacemos en el de la carne cruda del parto, morimos en el de una tierra con flores y lápida ornamentada.

He venido a La Coruña a ver a mi madre. Estoy sentado en el despacho que fue de mi padre,

---

aún con sus libros y papeles alrededor. Hemos tirado una gran cantidad de cosas pero queda mucho trabajo de revisión que mis hermanas y yo vamos demorando; sabemos que nuestra madre nunca lo hará. Ver los objetos de un muerto, objetos de su cotidianidad y sin el valor específico que el viviente les otorgaba, produce la sensación de una colección de cosas halladas en una preciadísima excavación arqueológica, y no obstante inservibles. Me siento en su mesa del ordenador, separada apenas un metro de su otra mesa, la de despacho propiamente dicha. Una mesa para los asuntos analógicos y otra para los digitales; mundos que, como acostumbra a ocurrir en la gente de su generación, nunca fueron completamente integrados el uno en el otro. A la izquierda del PC que fue suyo, se alza todavía el taco de folios que él usaba para anotaciones en sucio. Una hoja se halla totalmente en blanco excepto por una impresión al pie, tan residual que tardo en detectarla.

[http://www.montevideo.com.uy/nottientpolibre\\_116072\\_1.html](http://www.montevideo.com.uy/nottientpolibre_116072_1.html)

En sus últimos años, y una vez le convencimos para que se jubilara, cosa que finalmente aceptó a una edad de ochenta y pocos, Internet constituyó para él un buen pasatiempo. Sabíamos que, llegado el momento de dejar su trabajo, sustituiría su siempre incesante actividad profesional por otra,